8943

PEDRO PEREZ FERNANDEZ y FERNANDO LUQUE

EL PRESIDENTE MÍNGUEZ

ASTRAKANADA LÍRICA

en un acto, dividido en tres cuadros, original

MÚSICA DEL MAESTRO

PABLO LUNA

Copyright, by P. Pérez Fernández y F. Luque, 1917

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

13

Al inagotable y único
autor y director Joaquín
Montero, con muchos
abrazos.
Pedro Pérez Fernández
y Fernando Luque

EL PRESIDENTE MÍNGUEZ

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PRESIDENTE MÍNGUEZ

ASTRAKANADA LÍRICA

en un acto, dividido en tres cuadros

ORIGINAL DE

PEDRO PEREZ FERNANDEZ y FERNANDO LUQUE

música del maestro

PABLO LUNA

Estrenada en el TEATRO DE APOLO el día 13 de Junio de 1917

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

A nuestros simpatiquísimos amigos Antonio y Ramón Bargués, con un abrazo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIANA	Srta. Leonís (Rosario)
TOTÓ	Meseguer.
JOSEFINA	Guillot.
RITA	Girona.
MAD. GORIN	Cuevas.
INVITADA 1.ª	Gutiérrez.
IDEM 2.ª	Aceña.
HERMOSO	Sr. Ortas (h.)
EL DOCTOR JABATO	Meana.
RODRÍGUEZ	Rufart.
TITO	León.
PONTE	Galindo.
TEJADA	Ferret.
MANDANGA	S. del Pino.
ZANGUANGO	Fuentes.
ZANDUNGA	Bretaño.
ACEITUNO	Román.
EL DOCTOR LÓPEZ	García.
PEDRITO	Fischer.
UN PERIODISTA	Moreno.
CAMARERO	Paisano.
JACINTO	López.
INVITADO 1.º	Llayna.
IDEM 2.º	Delgado.
UN CABALLERO NEGRO	Besga.

Invitadas, invitados, criados y golfos

La acción en París.—Epoca actual

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Gabinete-tocador en casa de Mariana Pérez (a) «Ninón de Lenclos». Puerta de entrada al fondo y puertas laterales. Una mesita con aparato telefónico.

—

(Al levantarse el telón están en escena MARIANA, probándose un vestido de maja marquesa, con MADEMOISELLE GORIN, modista, y RITA, monísima doncella, que contempla a su señora, embobada.)

Música

MAR. (Canturreando.)
He nacido en Maravillas
y maravilla he nacido
y en la Corte, corte me hacen
desde Goya a Pepe-Hillo.
¡Ay qué maja marquesa!
¡Ay qué maja manola!
¡Ay qué maja... dería
de maja rumbosa!

GORIN
RITA } ¡Ay qué maja marquesa, etc.

Hablado sobre la música

MAR. ¡Qué corte más bonito! ¿Verdad, Rita?

GORIN ¿Es exacto al figurín que le enviaron de España?

MAR. No, no me lo enviaron de España. El autor es un chico español que está en París.

673347

GORIN ¿Es la primera vez que viene a París la señorita?

MAR. La primera. ¡Y tengo un miedo al «debut»! Figúrese, no tengo en París más que dos amigos: este del figurín y un pobre cómico que conocí en América; un tipo muy original.

GORIN Pues no tenga usted miedo. Usted gustará en París.

RITA Ya lo creo que gusta. Cántele usted algo a esta atontá, señorita.

MAR. ¡Va por España!

RITA ¡Viva mi tierra!

MAR. ¡Viva España!

Cantando

A mí me quiere un torero
a mí me quiere un marqués,
a mí me quiere un chispero,
me quieren los tres.
Pero ni al torero quiero
ni al chispero
ni al usía,
que un leguito limosnero
me tiene loca perdía.
Es tan pillín,
tan cazurrón,
tan retontín,
tan retontón,
que no deja de tocar
y de llamar
a la oración:
tan tin
tan ton, etc.

—

A mí me llaman la guapa,
a mí me ofrecen rapé,
a mí me tienden la capa
debajo del pie.
Y tengo más de un cortejo
que enronquece requebrando;
pero yo escapo y le dejo
que el lego me está llamando,
Es tan pillín,
tan cazurrón,
tan retontín,
tan retontón,

que no deja de tocar
y de llamar
a la oración:
tan tin
tan ton, etc.

(Cesa la música. Aplauden Mademoiselle Gorin y Rita.)

Hablado

RITA ¡Qué éxito va usted a tener!

MAR. Ya veremos, Rita.

GORIN ¿Le quito la falda?

MAR. No, porque no tardará en llegar el autor del figurín y quiero que me la vea puesta.

GORIN Pues entonces...

MAR. Hasta mañana. (Vase por el foro Mademoiselle Gorin, seguida de Rita. Suena un timbre.) Ahí está ya. ¡Qué puntualidad! En todo ha de ser irreprochable este chico!

(Aparece ACEITUNO por la puerta del foro. Es un chico elegante, exageradamente elegante y de modales muy finos, exageradamente finos. No es un afeminado, que conste.)

ACEIT. ¿Hay acceso?

MAR. (Coqueteando.) Usted verá.

ACEIT. (Entra.) ¡Mis dos manos! (Saluda. Por la falda.) ¿Pero qué veo? ¡Es mi figurín! ¡Mi creación!

MAR. ¿Me sienta?

ACEIT. Le sienta que tumba.

MAR. ¿Gustaré?

ACEIT. Más que un pase del tranvía.

MAR. Pero aquí en París... donde tantas cupletistas han fracasado.

ACEIT. No tenga usted miedo. ¡Digo! ¡Con la aureola de conquistadora de indios que se trae usted de America! Todo París sabe a estas horas que usted se llevó del Gutuvay al expresidente Mínguez, enredado como un sujeta-abuelos en los madroños de su mantilla. ¡Oh! La prensa está de su parte. (Suena un timbre.)

MAR. ¿Quién será? ¡Ah! Seguramente es Hermoso. Me tiene anunciada su visita.

ACEIT. ¡Extrañárame a mí! No viene un artista español a París que él no visite.

MAR. ¿Le conoce usted?

ACEIT. Pertenecer a la Colonia española en París, y no conocer a Hermoso, es una cosa absurda.

MAR. ¿Y qué hace aquí? ¿De qué vive?

ACEIT. No lo sé. Dicen que ha sido un actor de dramas excelente.

MAR. Ya lo creo. Fué compañero mío en el Gutuvay.

ACEIT. Pues en París lo padecemos ahora. Dice que está en París por curiosidad. Sus compatriotas le llamamos el curioso impertinente.

MAR. Tienen ustedes razón; ese es su flaco. La maldita curiosidad.

ACEIT. Así es. En todas partes se mete, todo lo pregunta, de todo se entera...! A mí me tiene aburrido. Como si lo viera, vendrá a enterarse de su vida y milagros. Verá usted, verá usted las preguntas que le hace.

MAR. Parece que tarda. No será él. Salgamos de dudas. (Llamando.) ¡Rita! ¡Rita!

(Aparece HERMOSO en la puerta del fondo, seguido de Rita. Hermoso viene hecho una lástima; tiene en el traje ceniza del primer cigarro que fumó.)

HERM. Una curiosidad. ¿Esa Rita está para todo?

MAR. No.

HERM. ¡Qué decepción! Creí que había encontrado la famosa Rita que lo hace todo. (Dándole el sombrero y el bastón a Aceituno.) Hazme el favor.

ACEIT. Que lo haga Rita.

HERM. Ella es. (Vase Rita con el sombrero y el bastón de Hermoso. A Mariana.) Hija mía, ¿cómo estás? ¿Cuánto te ha costado ese traje? ¿Eh? ¿A qué has venido a París? ¿Cuándo has llegado? ¿Cuándo te vas? ¿Eh? ¿Cuánto te cuesta este piso? ¿Qué edad tienes? ¿Qué hace este aquí? ¿Eh? Perdóname. Soy el de siempre. Algo derrotado, pero muy curioso.

MAR. ¡Y tan derrotado! ¡Parece mentira! ¡Quien te ha visto y quien te ve! Tú, el ídolo de los públicos americanos... aquí en París y con esas trazas.

HERM. Yo me tengo la culpa, hermosa «Ninón». Por querer enterarme de lo que no me importa, me veo como me veo, ¡pero soy feliz! ¿Soy un enfermo, un neurasténico? No lo sé Mi mayor placer es enterarme de todo. ¡Preguntar, indagar, curiosear! Esa es mi

vida. Al fin y al cabo esto no es ningún delito. ¿Qué es un hombre de ciencia? Un tío curioso que le da por enterarse de lo que dicen los libros. ¿Qué es la educación? Curiosidad disfrazada. Se encuentra uno a un amigo y lo primero que hace es decirle: ¿cómo está usted? ¿y en su casa? ¿y los niños? ¿Y a usted qué le importa? ¡Ay! ¡Yo me he pasado mi primera juventud viendo asfaltar, Mariana! He sido en España cartero, sereno, guardia, cómico y bañero, ¡hasta bañero! ¿Cabe más curiosidad? Aquí a París vine a preguntar por unas señas y me he encontrado con que en esta gran urbe se entera uno de muchas cosas, y de aquí no salgo ni arrastrao. Por permanecer aquí sin morirme de hambre he tenido multitud de oficios; el que más me agradó fué el de cobrador del tranvía. ¡Con qué gusto le preguntaba a los viajeros: ¿Dónde van ustedes? ¿Cuántos son ustedes? ¿Qué edad tiene ese niño?

MAR. ¿Y ahora en qué trabajas?

HERM. ¡Ay, está todo muy malo! He descendido mucho; ahora trabajo en el alambre.

MAR. ¡Caray! ¿Te has metido a funámbulo?

HERM. No: hago jaulas para grillos. Fabrico dos docenas, me dan un franco, y ¡a vivir! Digo, ¡a curiosear!

MAR. ¡Con lo bien que te iba de cómico! ¿Por qué no vuelves a la escena?

HERM. ¿Yo? No me la mientes. Estoy horrorizado. No se puede hablar con la gente recién llegada de España. Todos vienen haciendo chistes gordos. Y es la influencia del teatro. ¿Yo? ¿Yo, el mejor intérprete de Calderón, salir a soltarle al público cuatro retruécanos? ¡Quiá!

MAR. Pues es lo que priva.

HERM. ¿Pero tú te crees que yo puedo salir a escena y decir, sin ponerme colorado, que las malagueñas se diferencian de la marcha fúnebre, en que las malagueñas son de chipén y la marcha fúnebre de Chopin?

MAR.
ACEIT. } ¡Ja, ja, ja...

HERM. (Serio.) ¡No; mil y una veces no! ¡Ah, el teatro de Calderón, el de Lope, el de Zapata! ¡El

latiguillo que enardece a las masas y las hace estremecer y romper en un aplauso! ¡Eso, eso es lo que vale! Si despertara Calderón y viera una obra de retruécanos, a la puerta misma del teatro, su mano trémula, acariciaría una pistola... y una detonación (Declamando enfáticamente, hasta acabar en latiguillo.) un ¡ay! un ¡muerto soy!, un cuerpo que cae, el juez, el depósito, la autopsia, el sepelio, la losa gélida (Agitando una mano en el aire.) una lágrima por el muerto que se evapora, una flor sobre la tumba que se marchita, una oración que la recoge Dios... (Golpe en el pecho.) y la eterna llama, (En camelo.) la luz perpetua, el caos, la nada, la eternidad, el limbo, la zateca de la tempa del casiesto del Universo Mundo!

ACEIT. ¡¡Bravo!!

MAR. ¡¡Bien!! (Aplaude.)

HERM. Gracias; es lo único que me queda, el latiguillo. En fin, dejemos esto y a lo otro. Aquí me tienes, «Ninón»; ¿cómo te gusta que te llame, «Ninón de Lenclos», o Mariana Pérez?

MAR. Llámame Ninón.

HERM Pues aquí me tienes, Ninón. Los periódicos cuentan unas cosas... de tu tournée por América y ponen unos puntos suspensivos que me traen loco.

MAR. (Ríe.) ¿Qué cuentan?

HERM. Dime: ¿es verdad que allí en el Gutuvay se enamoró de ti el ex presidente Mínguez?

MAR. Sí, hombre, sí.

HERM. ¿Es cierto que se encalabrinó por ti un piel roja y que lo volviste lila?

MAR. En efecto.

HERM. (Llora.) ¡Hija de mi alma!

MAR. Ya sabía yo que te alegrarías de mis triunfos.

HERM. (Llorando.) ¿Cómo no? Yo que fuí para tu padre como un hermano, he de ser para ti como un padre. Echame una copa, brindaremos por tu éxito en París. Oye, ¿y lo del coco? ¿Es verdad que en la Habana, en tu beneficio, no sabiendo ya con qué obsequiarte, te regalaron una piña de veinte kilos, una chirimoya que daba espanto y un coco que metía miedo? ¡Lloro de emoción! Bebamos.

ACEIT. Bebamos.

(Sale RITA trayendo en una bandeja tres tarjetas.)

RITA Señorita, estos tres señores. Dicen que son del Gutuvay.

HERM. Seguramente los conozco. (Abalanzándose sobre las tarjetas.) A ver... a ver...

MAR. Hombre, permite.

HERM. Déjame, por tu madre.

MAR. Yo te las leeré. (Leyendo.) Tito Villa, capitán del ejército del Gutuvay.

HERM. ¡Que pase, que pase!

MAR. Espera, hombre. (Leyendo en otra tarjeta.) Reveriano P. Cabello... ¿Quién es este?

HERM. ¡El diplomático, mujer! D. Reveriano Ponte, ese señor bajito y calvo. ¡Si se firma Reveriano P. Cabello, porque no quiere que le digan Reveriano Ponte Cabello! ¡Que pase, que pase!

MAR. (Leyendo.) Zacarías Tejada.

HERM. (Cogiendo la tarjeta.) ¡Ese tío ladrón, que fué ministro de Hacienda! ¡Que pasen, que pasen. ¿A qué vendrán?

MAR. Me lo figuro. A pedirme noticias del general Mínguez. Voy a ponerme una bata. (A Rita.) Que entren. (Vase Rita.) Vosotros...

ACEIT. A la calle.

HERM. (Se pone de rodillas.) ¡Mariana, hija de mis entrañas! ¡A la calle, no! Nosotros detrás de esa puerta. Yo no puedo irme sin enterarme de esto. ¡Me saldría una erupción granulada y esfervescente, Mariana!

MAR. Lo que quieras, Hermoso.

HERM. Gracias, chata.

MAR. No es piropo.

HERM. Como si lo fuera. ¡Ya están aquí!

(Mutis de Mariana por la primera de la izquierda, y mutis de Hermoso y Aceituno por la primera de la derecha.)

Música

(Entran TITO, PONTE y TEJADA, tres diplomáticos del Gutuvay.)

LOS TRES
Diplomacia, caballeros, diplomacia,
abordemos el asunto con malicia,
pues tendría poca gracia
nos faltara la pericia.
Si encontramos hoy, por fin, al Presidente
Gutuvay será feliz e independiente.

Mas si falla la ocasión,
habrá al cabo que salir,
después de hacerlo mal
con una decepción
exactamente igual
que el negro del sermón.
Y eso no es lo tratao
y eso no es lo acordao
y eso no, ¡no será!
¡Carape! ¡Canijo!
Pues se burlan de fijo
de nosotros allá.

—

Minguistas convencidos y fervientes
sin tantito de doblez,
venimos a buscar al Presidente
que es un memo de una vez.

TITO ¡Qué memez!
PONTE
TEJ. } ¡Qué idiotez!
TITO Es un viejo reteñido.
PONTE Es un calavera viejo.
TEJ. Es un pobre descosido.
LOS TRES Desgraciao pendejo.
¡Canijo! ¡Caray!
¡Pero es el Presidente
del Gutuvay!
¿Quién le tendrá?
¿Dónde estará?
¿Donde el muy ganso
se ocultará?
TITO ¡Generá!
PONTE ¡Generá!
TEJ. ¡Generá!
LOS TRES ¡Vaya usted a saber
si con gran discreción
hay alguna mujer
que lo tenga en prisión!
Y si acaso la hay
demos la salvación
al Gutuvay.

(Sale MARIANA, en bata, por la primera izquierda.)

MAR. ¿Qué es lo que desean?
Ustedes dirán.
LOS TRES Queremos al instante
a nuestro Presidente,
porque eso es lo importante.
MAR. Señores, yo no puedo complacerles

porque ignoro dónde está,
en cambio yo sabría agradecerles
que no me hablen de eso ya.
Se acabó
lo que me unía con el General,
y en Suiza se quedó
el pobre ya bastante mal.
Si en algo más pudiera serles útil
a sus órdenes estoy.

LOS TRES Diplomacia, caballeros, diplomacia, etc.
(Cesa la música.)

Hablado

MAR. (Con acento americano.) Señores...

PONTE
TEJ. } (Lo mismo.) Señorita... (Ponte se sienta.)
TITO

MAR. Siéntense ustedes.

TITO De ninguna manera. Ponte, de pie. Tenemos los minutos contados. Señorita: (Con tono declamatorio.) La patria gime y nos pide al General Mínguez para exaltarlo a la Presidencia. El partido minguista conspirará en París para hacer en el Gutuvay la revolución, pero nos hace falta el caudillo. ¿Dónde está?

MAR. Yo qué sé.

TITO Díganos dónde. Le telegrafiaremos.

MAR. Conmigo estuvo en Suiza, en el balneario de Spá, pero no le he vuelto a ver. Nos llevábamos muy mal.

TITO ¿No mienten esos coralinos pétalos de sus labios?

MAR. (Ofendida.) Caballero...

TITO Perdone. Es que donde hubo fuego...

MAR. Es que hubo leña.

TITO Hable el hombre de números.

TEJ. Señorita, más claro... Los señores de Rodríguez, ilustres chilenos, tío y sobrina, que residen en París, dan todos los años una fiesta de primavera y acostumbran homenajear, contratándole para el caso, a una figura saliente y mundana, rajá indio, mandarín chino, rey sin corona...

MAR. Y este año pretende contratar al General Mínguez.

TITO Una cosa así. En la fiesta iniciaremos un

empréstito, venderemos cruces, venderemos bandas, venderemos acciones, venderemos obligaciones, venderemos condecoraciones... un negocio político, ¿sabe? Y claro, si el General no acude a la fiesta... ¡se agua!

TEJ. ¡Nos dobla!

MAR. ¿Pero cómo va a acudir si está en Spá?

TITO ¡Oh! Si usted se lo manda, viene. Y es preciso que salga hoy mismo de allá. Si usted consigue que salga hoy, el diez por ciento del empréstito yo le garanto que es para usted... Son cien mil pesetas en moneda de su país. Además, la invitamos a la fiesta.

MAR. Pues no sé cómo..

TITO Hay un medio. Telegrafiándole en su nombre. ¿Nos permite?

MAR. Haga usted lo que quiera.

TITO Dice usted que en Suiza. Spá. Escriba, Ponte. (Ponte requiere papel y estilográfica.) «General Domingo Mínguez. Suiza... la dirección.»

PONTE Ya está.

TITO (Dictando.) «Sal inmediatamente. Tu Mariana.» (Cogiendo el telegrama y entregándoselo a Mariana.) Señorita... En sus manos está nuestra fortuna. Si usted le da curso... y sale hoy, nos hará felices. En la Legación estamos en espera de su decisión. El número del teléfono es el catorce, cero, siete.

TEJ. Son cien mil pesetas.

TITO, TEJ., PONTE } Señorita... (Música en la orquesta. Se van.)

(Sale HERMOSO como una bala.)

HERM. ¡Cien mil pesetas! ¡El catorce, cero siete! (Cogiendo el telegrama.) ¡Sale hoy!

ACEIT. (Saliendo.) ¡Valientes tíos!

MAR. (A Hermoso.) ¿Pero qué vas a hacer, hombre?

HERM. ¿Tú crees que si tú lo quieres, viene el General?

MAR. De cabeza. ¡Claro! Lo está deseando.

HERM. Pues voy a cursar el telegrama.

MAR. No hagas eso.

HERM. ¿Que no? ¿Y estás invitada a la fiesta y me puedes llevar de secretario? ¡Ah, no! yo me entero del chanchullo del empréstito, y veo a la señorita Rodríguez, y veo al General, y veo cómo manejan esos el sable de la revolución, y lo veo todo, y lo huelo todo y me

meto en todo. ¡Si estoy en París, porque sólo en París ocurren estas cosas! Mariana, si no quieres que me dé una congestión, telegrafía que venga Mínguez, y llévame a la fiesta! ¿Qué número han dicho? ¿El catorce cero siete?

MAR. Sí; el de la Legación.

HERM. ¡Vaya unos socios postineros! ¿Qué va a ser ese el número de la Legación? ¿Pero tú te crees que yo no he tenido la curiosidad de leerme toda la Guía de teléfonos inter-urbanos? ¡Anda ésta! ¡Me he leído la de New-York! El catorce cero siete es el número de la cervecería Mahou que está aquí al lado. Verás. ¡Central! (Coge el teléfono.)

MAR. ¿Pero qué vas a hacer?

HERM. Central. ¡¡Mahou!!... ¡¡Mahou!!... ¡¡Mahou!!... (Dando un golpe en el teléfono.) ¡Guasona!

MAR. ¿Qué te dicen?

HERM. Que me den cordilla. ¡Ah, ya está! ¡Hombre, el bello Tito al aparato! ¡Tengo un quinqué!... Oiga, sí: la Ninón de Lenclos. Su secretario particular. La señorita Ninón tiene la complacencia de manifestar a ustedes que dará curso al telegrama y que el Presidente Mínguez se hallará mañana a las diez en el restaurant Stambul y Pera, dispuesto a dejarse acarrear a los salones en fiestas de los señores de Rodríguez. La señorita Ninón irá acompañada de su Secretario. Cuenten con un invitado más. ¡Ya está! (Nuevamente al teléfono.) ¿Eh? ¡Ay! ¡Ay! ¡Un cruce! ¡Un cruce! (Lleno de ansiedad y tapándose el oído libre.)

MAR. (A Aceituno.) ¿Y a ti qué te parece?

HERM. ¡Hija mía! ¡Por tu padre! ¡Cállate!

ACEIT. Es un poco comprometido.

HERM. ¡Dejadme oir, por lo que más queráis!

MAR. (Gritando a Hermoso.) ¡Pero oye, tú!

ACEIT. (Gritando.) ¡Que es un compromiso terrible!

HERM. (Arrodillado con cara de angustia, pero sin soltar el auricular.) ¡¡Que no oigo nada!! ¡¡Que es un cruce!! ¡Que es un cruce! ¡Que un cruce es de lo más curioso del mundo! ¿Qué? ¿Eh? ¿Cómo? ¿Eh? ¿Qué?... (Telón lento.)

FIN DEL PRIMER CUADRO

Intermedio musical

CUADRO SEGUNDO

Decoración partida. Elegantísimo restaurant. A la derecha, gabinete comedor con mesa en el centro. A la izquierda, parte del «hall» que se abre en semicírculo, separado del comedor por un lienzo de forma curva que no llega al techo y que tiene una pequeña puerta. A la izquierda, practicables que indiquen la continuación del local.

—

(Al levantarse el telón están en el comedor HERMOSO y ACEITUNO, concluyendo de cenar. Un Camarero les sirve. HERMOSO y ACEITUNO visten de frac.)

CAM. ¿El señor va a tomar café?

HERM. No, té; pero a ver si me lo traes bueno. Chico, té como en América no lo he degustado en ninguna parte. El de aquí es un asco.

CAM. ¿Va a tomarlo solo?

HERM. Con este amigo.

CAM. (Presentando unos tubitos de celuloide.) ¿Desea el señor?

HERM. Hombre, sí. (A Aceituno.) Mira qué curiosidad: para cada mondadiente un tubito de celuloide. Esto es pulcritud. ¡Viva París!

ACEIT. Así se deben traer los mondadientes, y no a puñados como en esos colmados de tu tierra donde se baila y se canta.

CAM. Esta es una casa muy pulcra y muy seria, caballero; esto no es ningún café cantante.

HERM. ¡Ya se ve, ya! Y mira, mira cómo se ingenia el dueño para que nadie toque los palillos. (Al Camarero.) Puedes retirarte, garçon. (Vase el Camarero.)

ACEIT. Bueno; por tu madre, por tu vida, por lo que quieras, dime qué vas a hacer y no hagas chistes, porque... a mí no me engañas tú: tú no eres un enfermo, ni un neurasténico atacado de curiosidad. A mí no me la das. ¡Tú eres un fresco retruecanista!

HERM. (Dando un puñetazo sobre la mesa que hace bailar todos los platos.) ¿Qué heregía has proferido? ¿Yo retruecanista? ¡Yo! ¡El mejor intérprete del teatro serio que ha pisado las tablas! ¿Qué has dicho, sinvergüenza? ¡Jamás! Y no es que me falten condiciones para el re-

trúecano, es que me repugna. ¡Ese es un género cuadrúpedo! Ya ves: nos han servido judías, cabeza de jabalí, gelatina, agujas de ternera, ¿qué pescado?

ACEIT. Raya.

HERM. Pues raya, albaricoques y cabello de ángel. Bueno, pues he podido colocarte un chiste plástico, poniendo aquí a un lado la cabeza del jabalí, con el cabello de ángel y la raya en medio, y no he cometido esa felonía. He podido sacarle la punta a las agujas de ternera y no se las he sacado. He podido decirte que en esta casa no saben ortografía, porque nos han puesto las judías con gelatina, y las judías se ponen con jota, y ni una palabra. (El Camarero vuelve con un servicio de té.) En fin, ahora viene el mozo; me trae el té. Es un té exquisito, tan aromático como el que yo tomaba en América, y yo le podía decir a este mozo: ¡Hombre, gracias a Dios, me alegro de ver té bueno! ¡Y no se lo digo! ¿Retruecanista yo? ¿Yo retruecanista? ¡Que se cuele así una persona como tú! ¡No me conoces! (Aceituno cuela el té, que se sirve.) ¡Jamás proferiré un retruécano! (Arrebatándole la tetera.) ¡Trae, que parece mentira que tanto té cueles!

ACEIT. Entonces, chico, no te comprendo. Si no eres un sinvergüenza, ¿qué eres? (Vase el Camarero.)

HERM. Un impertinente curioso, ya lo sabes. Ninón ha recibido del general Mínguez este telegrama. «Spa cinco tarde. No voy a París. Minguistas son desgraciaos rotos. Que los zurzan. Mínguez.» Y esto no puede quedar así, Aceituno; yo siento comezón por saber lo que va a pasar en esa fiesta y quiero experimentar por mí mismo las emociones de un hombre ilustre, durante un homenaje patriótico.

ACEIT. ¿Y tú te crees, que como el auténtico les ha fallado...?

HERM. Arrean conmigo. ¿Tú no ves que allí nadie conoce al general Mínguez? Así como así, entre que haga de general un apache aburrido a que lo haga yo, va una gran diferencia. Aquí está su retrato, (Lo saca.) aquí hay crepé... (Por una cajita que lleva.) ¡atención! (Empieza a caracterizarse.) Aquí hay un curioso que

se va a dar el gusto de ser futuro presidente del Gutuvay toda una noche. (La caracterización se reduce a unas pobladas cejas, unas ojeras pronunciadas y una mosca.)

ACEIT. Paso porque los minguistas del empréstito sean unos sinvergüenzas, ¿pero y si en la fiesta alguien te reconoce y te da pa el pelo?

HERM. Voy prevenido. Hasta un discurso llevo escrito. Mira. (Le entrega un pliego de papel.)

ACEIT. (Leyendo, mientras Hermoso se caracteriza.) «Señores: agradecido al homenaje yo os digo que he echado raíces aquí, yo os digo que no quisiera marcharme. ¡Qué digo no quisiera! Lo que os digo muy seriamente es que no puedo marcharme...»

HERM. Trae, no le das ni entonación.

(Entra MARIANA, muy alborozada.)

MAR. A la orden, mi general. Chico, en cuanto les dije a Tito, Ponte y Tejada, que Mínguez no venía, se accidentaron; pero en cuanto comencé a insinuarles que si era verdad lo del diez por ciento del empréstito yo lograría que tu... ¡se volvieron locos! ¡Ese hombre es un tesoro! ¡Ha salvado el empréstito! ¡Merece una cruz!

HERM. ¡Me la van a dar! (A Aceituno.) ¿No te dije? ¡En el Gutuvay las gastan así!

MAR. (Acariciándole.) Excuso decirte, Hermoso mío, que nos repartiremos entre los dos ese diez por ciento.

HERM. (Enérgico.) ¡No! Hace un momento decía a este que yo no era un frescales. No quiero ni un «tostón», ¡canijo! Me sobra con ver satisfecha mi curiosidad.

MAR. Al entrar he visto el coche que te ha de llevar a casa de los señores de Rodríguez.

HERM. ¡Coche y todo, Aceitunito! No me cambio ahora ni por el rey de oros. ¡Quita d'ahí, «desgraciao pendejo!»

ACEIT. Yo en tu lugar, estaría muerto de miedo; porque mira que si te descubren y te atizan...

HERM. ¡Bah! Me colocan una bomba bajo el sillón, estalla, desaparezco hecho innumerables cuartos de kilo y llegaré al Altísimo agradecidísimo. (El Camarero entra en el «hall» seguido de un distinguido y elegante caballero negro, que se toca con un sombrero de jipi y con el cual finge hablar un rato y hace mutis. El negro, en cuanto se ve solo, pa-

sea, sale y vuelve a entrar, siempre receloso.) Espero estóico todos los contratiempos. (Empieza a declamar para terminar en «latiguillo.» ¡Yo no conozco el pánico, ni el miedo, ni el terror! Si alguna vez me atizan y me convierten en fiambre definitivo y voy al infierno, yo soy muy capaz de encararme con Satanás, el de los ojos incandescentes y preguntarle: Oye, tú: ¿qué tienes en la mirada que despides ese fuego?

MAR. ¡Bien, bravo! (Aplaude.)

ACEIT. ¡Bravo, bien! (Aplaude.)

(El caballero negro arroja su sombrero jipi por encima del lienzo divisorio al comedor de Hermoso y se va.)

HERM. (Correspondiendo a los aplausos de Aceituno y Mariana.) ¡Gracias, gracias, muchas gracias! (Ve el sombrero que le han tirado.) ¡Recanotier! ¡Qué éxito he tenido! Los francachelistas de ahí al lado me arrojan sombreros. ¡Señores, tantísimas! ¿De quién es esto?

MAR. (Cogiéndole el sombrero.) ¡Calla! ¡Si te lo han echado con dedicatoria!

HERM. ¡A ver, a ver!... ¡Hombre, qué letra más gótica! (Leyendo en la cinta del sombrero.) «General Domingo Mínguez: Nos consta que la fiesta que se prepara en tu honor es una conspiración sorda. Oyelo bien. Si vas a ella, morirás. ¿Irás? Sí, irás porque eres un atún. Date por escabechado. En la puerta estoy. Un carbonario del Gutuvay.» (Dando un grito de terror.) ¡Ay! ¿Quién ha tirado este?

CAM. (Entrando.) Un negro.

HERM. ¿Un negro? ¿Pero dice carbonero o carbonario? (Volviendo a leer.) ¡Carbonario!

ACEIT. Vamos, no te pongas así. A lo mejor, un bromista, un envidioso, un hombre obscuro...

HERM. Claro que obscuro. ¿No has oído que es un negro? ¿Lo quieres más claro?

MAR. ¿Y quién será ese tío?

ACEIT. Vete a saber.

HERM. Pues yo sí lo sé. Me lo da el corazón. Ese tío es..

ACEIT. ¿Quién?

MAR. ¿Quién?

HERM. Ese tío es un tío animal. Y ahora mismo me quito la mosca. (Muy nervioso y sin darse cuenta de lo que hace, se pone el cigarro detrás de la oreja, se quita la perilla, vuelve a coger el cigarro, chupa por

el lado de la lumbre, se quema, da un grito y tira el pitillo, al mismo tiempo que se pone el crepé de la perilla detrás de la oreja, mientras dice:) ¡Que no, hombre, que no! ¡Que a mí el escabeche no me sienta bien! ¿Yo en barril y partido en ruedas? ¡Que no, Mariana; «Ninón» de mi alma! ¡Eso nunca! (Se quema.) ¡Ay! (Tira el cigarro y se pone el crepé de la perilla detrás de la oreja.)

ACEIT. ¿Y tú eres el hombre sin miedo? Tú has bebido.

HERM. Eso es aparte. El vino es aparte en todas partes.

ACEIT. Pero, General.

HERM. Soy teniente.

MAR. ¡Hermoso!

HERM. No me adules que no admito coba, «Ninón.»

ACEIT. (Imponiéndose.) Ya no podemos retroceder.

HERM. No, si lo que yo quiero es avanzar. ¡Irme a la calle por la puerta falsa!

MAR. ¿Y esa señorita de Rodríguez que te espera anhelante? ¿La vas a dar un desengaño? ¿Y la galantería?

HERM. La pondré dos letras en un Continental.

MAR. ¿Pero qué vas a decirle a esa mujer?

HERM. Anda ésta. Pues le diré la verdad. «Rica mía: Me amenazan con la muerte si voy a tu fiesta, y la verdad, no estoy tan loco por tu belleza que la cabeza vaya a perder por ti. (A Mariana.) ¡Adiós, «Ninón»!

MAR. ¿Te vas? Mira que si en la puerta falsa hay otro carbonario...

HERM. No creas: me voy con la mosca detrás de la oreja. (Tocándose.) ¡Toma, pues es verdad! (Dándosela a Aceituno.) ¡Ahí va esa mosca!

ACEIT. ¡Cobarde!

MAR. ¡Cobarde!

HERM. (Herido en su amor propio.) ¿Cobarde yo?

ACEIT. Sí, eres un cobarde. Y además te quedas sin el cinco por ciento del empréstito. Son cinco mil pesetas.

HERM. ¡Venga la mosca! (Se la pega.) ¡Sea lo que Dios quiera! ¡Más crepé para las cejas! ¡Colorete, mucho colorete! ¡Esperad un momento! (Se sienta delante de un espejo y empieza a retocarse el caracterizado. En el «hall» aparecen TITO, TEJADA y PONTE, seguidos de una tropa de GOLFOS, provistos de antorchas.)

TITO Es preciso que todo París se conmueva y se entere de esta conspiración minguista.

PONTE Los hurras deben oirse en el Gutuvay.

TEJ. (A Ponte.) ¡Dele usted instrucciones al sexteto! (A los Golfos.) Vosotros aguardad en silencio. En ese comedor está el caudillo. La señal para partir será un sombrero arrojado al alto. ¿Está entendido? (Continúa dando instrucciones, y, a su tiempo, entran Tito, Ponte y Tejada, en el comedor.)

HERM. (Caracterizado.) ¿Eh, qué tal? Cejas pobladas... color sano... el bermellón ha hecho su oficio. Un poco de ojeras me falta.

(Tito llama a la puerta.)

ACEIT. (Dándole una barra de pintura.) ¡Aquí está el negro!

HERM. (Asustado.) ¡Ay! (Repuesto del susto, coge la barra.) ¡Ladrón!

TITO ¿Se puede?

MAR. Adelante, señores, adelante.

PONTE (Entrando.) ¡Hermosa Mariana!

TITO (Idem.) ¡Gentil «Ninón!»

TEJ. (Idem.) Caballero... (Saludos.)

TITO Estupendo, mi «generá.»

PONTE Es un calco.

TEJ. Está hablando.

TITO No hay momento que perder. El coche aguarda a la puerta. Cincuenta «camelots» recogidos en el boulevard de los Italianos, le preparan una salida triunfal. Resonarán entusiastas hurras; una orquesta dejará oir sus sones. Además traemos una banda...

HERM. Que no toque.

TITO Es una condecoración.

PONTE Y cruces.

TEJ. Y medallas. (Le condecoran exageradísimamente.)

HERM. Me dejo hacer todo lo que ustedes quieran, pero prohibo un homenaje ruidoso.

TITO Es preciso, mi general. Hay que meter ruido.

HERM. Es preciso lo contrario. Yo salgo sigilosamente, disimuladamente, me meto rápido en el coche y ¡arrea, cochero! Ruidos no, que el negro está en la puerta.

TITO ¿Qué negro?

HERM. Un carbonario.

TITO ¡Canijo!

HERM. ¿Qué canijo? ¡Musculoso! Todos los negros

son musculosos, y eso es lo malo. Salgamos sin que nadie nos advierta.

TITO — Tiene razón. ¡Chito!

HERM. — (Por sus condecoraciones.) ¡Te he achicado, Garibaldi! ¡Que no se oiga el aleteo de un mosquito! ¡De puntillas, camaradas!

TITO — Vamos. (Inician el mutis muy en silencio.)

HERM. — Voy digno, ¿no? ¿Me falta algo?

ACEIT. — (Por el jipi que tiene Hermoso en la mano.) Te sobra eso. ¡Tíralo, cobarde!

HERM — ¡Tienes razón! (Tira el jipi al aire.)

GOLFO 1.º — ¡Viva el general Mínguez!

GOLFOS — ¡¡¡Viva!!!

(Ataca la orquesta.)

GOLFO 1.º — ¡Hurra, hurra, hurra!

GOLFOS — ¡Hurra, hurra, hurra!

GOLFO 1.º — ¡Viva el Presidente del Gutuvay!

HERM. — ¡Muerto soy! (Cae desmayado en brazos de Tito y Tejada que se lo llevan,)

GOLFOS — ¡Viva!

(Música y telón rápido.)

FIN DEL SEGUNDO CUADRO

Intermedio musical

CUADRO TERCERO

Jardín del palacio de los señores de Rodríguez, en París. Al fondo y a la izquierda, pabellones. Gran verja y cancela de entrada a la derecha. Entre los pabellones del fondo y de la izquierda, términos practicable, como lo son también los primeros términos izquierda y derecha.

—

(Al levantarse el telón están en escena TOTÓ, INVITADA 1.ª, RODRÍGUEZ, el DOCTOR LÓPEZ, INVITADO 1.º, INVITADAS E INVITADOS. Todos muy tristes, se ponen los abrigos y se despiden del dueño de la casa, señor Rodríguez, y de su sobrina Totó.)

DR. LOP. (A Rodríguez.) Era de esperar. El cerebelo fatigado, el alcohol, alguna francesilla... Era de esperar.

INV. 1.º ¡Pobre Presidente!

DR. LOP. ¡Lástima de fiesta!

ROD. Otro año contrato al campeón de grecoromana.

TOTÓ ¡Ay, sí, tío; aunque sea negro!

ROD. ¡Sobrina!

INV. 1.ª En fin, señor Rodríguez. . (Despidiéndose.) No le digo a usted nada.

DR. LOP. (Idem.) Lo mismo digo.

INV. 1.º (Idem.) Igualmente.

CRIADO (Saliendo y anunciando.) S. E. el General Mínguez.

TODOS ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

(Gritos, carreras y desbandada general. Se apagan las luces.)

(Queda la escena sola y aparecen por la derecha HERMOSO, TITO PONTE, TEJADA, ACEITUNO y MARIANA.)

HERM. (Extrañado del recibimiento.) ¡Caray! La huída de Napoleón en las estepas de Rusia, fué una especie de «en seguida vuelvo», comparada con esta fuga. Yo voy a ver por qué les he producido ese efecto galopante.

TITO No, general; iremos nosotros. Quédese aquí un momento. ¡Verdaderamente, es extraño! Vamos.

(Hacen mutis por el pabellón de la izquierda todos menos Hermoso.)

HERM. (Los ve marchar e inmediatamente se encasqueta el

sombrero, se abrocha chulonamente y dice:) ¡Como que yo no me voy a enterar antes que nadie!

(Inicia el mutis hacia el pabellón, cuando muy asustados y cogiditos del brazo, aparecen en la puerta JOSEFINITA y PEDRITO, dos mequetrefes enclenques y muy elegantes.)

PED. ¡Chist!... ¡Caballero!

JOS. ¡Caballero, por favor!

PED. ¿Anda por ahí?

JOS. ¿Podremos salir sin miedo?

HERM. Ustedes verán. (¡Ahora me entero!)

JOS. (Avanzando.) ¡Ay, Pedrito!

PED. Calla, Pepita mía. ¡Monina! ¡Encanto! ¡Picatostín!

JOS. ¡Ay, Pedrito! (Avanzan con mucho miedo.)

PED. ¡Sol!... ¡Lucero!... Estrella!... ¡Aerolito mío!

JOS. ¡Pedrito!

HERM. ¡Pedrito: si estorbo me quito!

PED. Caballero, es que estamos recién casados y nos hemos llevado un susto... ¡Pobrecita mía!

HERM. Pero, ¿qué ha pasado?

PED. Nosotros estábamos en la terraza; no lo hemos visto, pero dicen que ha venido.

HERM. Pero, ¿quién?

PED. El general Mínguez.

HERM ¿Y qué?

PED. ¡Que se ha vuelto loco!

HERM. ¡Refrenólogo! ¿Quién le ha dicho a usted eso?

PED. Ya sabe usted que se decía que al general le habían prohibido el uso del alcohol, porque podría ocasionarle serios trastornos mentales. Una gota y la camisa de fuerza. Bueno, pues cuando todos le esperábamos, llega un periodista diciendo que en no sé qué solemnidad le habían dado unas copas y que ¡el delirio!... ¡Veinte disparos! ¡Veinte muertos! ¡París se ha horrorizado!

HERM. ¡Qué bestia!

PED. Figúrese usted: la fiesta suspendida; nosotros, que ya no lo esperábamos y ¡zás! el general que llega. ¡Con lo salvaje que es y loco!

JOS. Vámonos, Pedrito.

PED. Por supuesto, que sea o no sea verdad, de aquí no sale. Se da por seguro que rodean

la casa y se han introducido en ella, con el fin de asesinarle, los hombres de la raza negra de su país.

HERM. (Temblando más que los mequetrefes.) ¡Los carbonarios, Pedrito, los carbonarios!

PED. No tema usted: mientras antes lo maten, mejor. ¡Está chiflado!

HERM. ¡Verdugo!

JOS. ¡Vamos, Pedrito!

PED. ¡Vaaamos!

(Vanse, muertos de miedo, por la derecha.)

HERM. (Temblando mucho.) El... el sus.. susto que yo podría darles a estos torto... tortolitos, era como para cinema... cinemamama... cinematografiarlo. El mío, tampoco es para andar por la cuerda floja! Yo no me estoy aquí. Yo me escondo. (Inicia el mutis por el fondo izquierda.) ¡Repicón, qué obscuro está el bosque! Con esta lobreguez, cualquiera distingre a un negro. (Cogiendo dos farolitos de los que alumbran el jardín.) ¡Ah, qué idea más luminosa! (Echando a andar.) Bueno; si me encuentro un invitado, me ve, se cree que soy Mínguez, y se fija en este titileo de los faroles, se va a llevar tartamudeando una quincena. (Vase por la izquierda.)

(Salen del pabellón de la izquierda TITO, PONTE, TEJADA, MARIANA, ACEITUNO, y asoman la cabeza muy medrosos RODRIGUEZ, TOTÓ, el DOCTOR LÓPEZ, JACINTO, que es un criado, y dos CRIADOS negros.)

TITO Salgan ustedes. No hay cuidado.

ROD. Usted dirá lo que quiera; pero no me convence. Lo mejor es mandarle cuatro negros y que lo aten. ¡Pancho!... ¡Tulo!... Amarradle. (Se van los criados corriendo por la izquierda.)

MAR. ¡Esto es un atropello!

TITO No podemos consentirlo.

ACEIT. Vaya, que lo reconozca un médico.

TITO ¡Que no está loco! Es preciso que se desvanezca esa duda. ¡Lo exijo en nombre del Gutuvay!

ROD. Bueno; que le reconozca el doctor Jabato, que es un hombre que ha luchado en las Pampas con las fieras. Jacinto: vé a decirle que si quiere; está tomando ajenjo en la terraza.

(Vase Jacinto, pabellón izquierda.)

TITO Caballero: el general Mínguez es una perso-

na civilizada. En cambio, el piel roja que le trajeron a usted en otra de estas fiestas, se les subió a un árbol y tuvieron ustedes que darle el champán con manga. ¡Valiente personaje! El general Mínguez representa la justicia dentro de la revolución y la revolución dentro de nada, porque esta noche se planeará y allegarán recursos, todo aquí mismo, en este hotel, que pasará a la historia... Y quién sabe si el amor disparará su dardo y caerá el general prisionero de alguna dama bella.

TOTÓ ¡Ay, qué bien! (Suspira y se pone tierna.) ¡Ay, si no estuviera loco!

TITO ¿Y si lo estuviera por usted, señorita?

TOTÓ ¿Por mí? ¡Ay!

TITO (¡Esta niña es tonta!)

ROD. Permítame usted que le diga, que a pesar de mis deseos de casar a mi sobrina con una figura saliente, estoy ya ligeramente escamado de estos caudillos que me contratan. Seis fiestas llevo, seis próceres, seis fiascos y este loco de remate.

TITO ¡¡No lo está!!

TOTÓ (Compungida.) Tío, se pone usted siempre en lo peor.

TITO Ese es una persona decente y no el jefe cipayo del anterior.

ROD. ¡No me lo recuerde! Contaba que en su tribu se apreciaba más que una cabeza de jabalí con gelatina, un solomillo bajo de turista inglés.

TOTÓ Pero se enamoró de mí como un salvaje. Recuerdo que me dijo un piropo, algo atrevido; pero muy sustancioso: «¡Qué bocado tiene usted en el cogote!» ¡Ay, me dió un escalofrío!

ROD. (Aparte a TITO) (¡Yo no quiero quitarle la ilusión a mi sobrina, pero lo mismo me dijo a mí.)

(Vuelve JACINTO.)

MAR. ¿Qué?

TOTÓ ¿Qué dice?

JAC. Dice que le reconocerá, pero tomando precauciones. Ha montado un revolver y se ha ido al botiquín a preparar un sello de bromuro.

TEJ. (Mirando hacia la izquierda.) Ahí viene.

(Consternación; se van asustados, por el pabellón, Totó, Rodríguez, López y Jacinto.)

MAR. (Siguiéndoles, con los demás.) ¡Pero, por Dios! ¡Por qué ese miedo! (Mutis.)

(Vuelve HERMOSO con sus dos farolitos.)

HERM. Me he quedado sin gota de sangre. ¡Dos carbonarios! ¡He visto dos berrendos en negro! ¡¡Mi madre!! Estuve por tirarles un farol; pero les he dado un recorte y van que bufan. O cambia la suerte o dejo de ser el Presidente. (Saca un pañuelo verde y se limpia el sudor, sentado en uno de los sillones de jardín que hay a la derecha, dejando los faroles en el suelo y adoptando una seráfica y beatífica expresión de imagen.)

(Sale por la izquierda, pabellón, el DOCTOR JABATO, que es negro, con todo género de precauciones. Trae una mano en el bolsillo de la americana.)

DR. JAB. (Con acento americano.) Ahí está el enfermo. ¡Qué tranquilidad! ¡Este hombre no está alienado! (Muy bondadoso.) ¡Si parece un santo! (Se acerca con precaución) ¡Bah; no hay cuidado!

HERM. (Lo ve, da un salto y un grito.) ¡¡Ah!!

DR. JAB. (Se asusta, saca una pistola y da otro grito.) ¡¡Ah!!

HERM. (Temblándole hasta la mosca.) ¡Aaah!

DR. JAB. ¡Arriba las manos! ¡Quieto ahí! ¡Siéntese usted! (Hermoso quiere hablar y no le sale la voz. Con las manos en alto y flaqueándole las piernas, parece que baila un garrotín. Por fin, se sienta.) Vengo a reconocerle a usted.

HERM. ¡Yo, no soy yo! ¡Usted está equivocado! Déjeme usted que me arranque los pelos... (Intenta quitarse los postizos.)

DR. JAB. ¡Manos en alto!

HERM. (En un lamento y con muchísimo miedo.) ¡Déjeme usted que me quite los pelos!

DR. JAB. (Siempre apuntándole con el revólver.) ¡Quieto!

HERM. ¡Por su madre de usted, que yo no soy el Presidente! (Queriendo arrancarse la mosca.) Me voy a quitar esto...

DR. JAB. ¡Quieto! Va usted a quedarse más feo de lo que es.

HERM. Caballero, que esta mosca no es mía; que yo no tengo estas cejas tan pobladas; que yo no tengo este entrecejo. ¡Que yo soy Hermoso!

DR. JAB. ¡Atiza! ¡Pues no dice que es guapo! ¡A ver si

la sugestión!... (Imperiosamente.) ¡Siéntese! (Hermoso obedece.) Tómese este sello. (Presentándole uno.)

HERM. ¡Miserable!... ¡Me vas a envenenar!

DR. JAB. (Paternalmente.) Vamos, vamos.

HERM. ¡Sí, sí; dame coba! Ya adivino tus propósitos, hiena! ¡No tengo escape! Traes esa pistola para el exterior y este sello para el interior. ¡Me franqueas para el otro mundo! ¡Asesino! (Enérgicamente.) Pues bien, no; prefiero una bala.

DR. JAB. (Apuntándole.) ¡Sea!

HERM. ¡¡No!! Venga el sello. (Se lo pone Jabato en la lengua, y Hermoso se lo traga.)

DR. JAB. (Respirando tranquilo.) ¡Gracias a Dios!

HERM. ¿Cuándo me muero, verdugo? (Muy lamentable.) Debo estar en la agonía.

DR. JAB. No se muere usted, amigaso. (Guardándose el revólver.) Lo que pasa es que se ha tomado usted un sello de bromuro que le adormecerá para una temporadita. Invención mía, caballero. Eso le dará la vida.

HERM. ¡Cómo la vida! Pero ¿usted no desea mi muerte? ¿Pero usted no es un carbonario?

DR. JAB. Soy el doctor Jabato.

HERM. ¡El doctor Jabato!.. (Se levanta.) ¡Una eminencia médica! (Bosteza.)

DR. JAB. ¡Este tío no está loco!

HERM. ¡Abráceme, eminencia! (Bosteza.)

DR. JAB. Le he dado a usted una especie de la nana en polvo. Se va usted a dormir como una marmota, y usted perdone.

HERM. Hombre, deme usted algo para que me despabile. (Bosteza.)

DR. JAB. Imposible. Hasta la dosis de diez gramos se puede combatir; pero se ha tomado usted un sello de veinticinco.

HERM. ¡Nos ha certificao! (Queda dormido en los brazos de Jabato, que le conduce a un sillón. Jabato, una vez convencido del sueño, llama y van apareciendo por distintos lados MARIANA, TOTÓ, INVITADAS, RODRIGUEZ, TITO, TEJADA, PONTE, ACEITUNO, el DOCTOR LOPEZ, INVITADOS y CRIADOS.)

Música

DR. JAB. ¡Se durmió! ¡Ya se durmió!

ROD. (Receloso.) ¿No hay cuidado?

DR. JAB. No hay cuidado,
Vengan, vengan.
TODOS No; yo, no.
MARIANA (Acercándose a Hermoso y viendo su sueño.)
TITO
PONTE
TEJADA
ACEITUNO
¡Nos lo ha narcotizado!
¡Nos hemos divertido!
Del susto que le ha dado,
si no nos lo ha matado,
lo tiene sin sentido.
¡Cual un ceporro está!
¡Se fastidió el país!
Con este *Roque*, ya
no hacemos ni un mal *Luis*.
TODOS (Acercándose poco a poco.)
Salgamos con prudencia.
Salgamos sin jactancia.
Del médico la ciencia
se impuso a la demencia.
Mas nada de arrogancia
y atemos la impaciencia,
que el caso es de importancia
y todo es de temer.

—

(Entra un PERIODISTA precipitadamente por la derecha.)

Hablado con música

PER. ¡Señor Rodríguez!... ¡Señores!... Ha sido un canard; el Presidente no enloqueció ayer.
DR. LOP. Pere, ¿no fué usted el que trajo la noticia del periódico?
PER. El telegrama publicado anoche decía: «Suresnes, siete tarde. Presidente Mínguez diéronle tres copas. ¡El delirio! Veinte disparos. Veinte muertos.» Vengo del periódico: no hay nada de eso. El general no ha enloquecido por alcoholismo, sino que ganó ayer tres copas en el tiro de pichón, haciendo veinte blancos y produciendo el delirio en el público.
TOTÓ ¡Viva el general!
TODOS (Dando grandes gritos.) ¡Viva!
PER. ¡Ah! ¿Pero es éste? (Gritándole al oído.) ¡Viva!
TODOS ¡Viva!
HERM. ¡Rediez! ¡Rediez! (Le cogen en volandas los criados.) ¡Me ha llegado ya mi vez!

Cantado

TODOS ¡Viva el general!
¡Viva el campeón
sin rival;
nuevo Napoleón!
Todo el Gutuvay
cifra en el su fe,
porque sin él
no hay de qué.
¡Gloria perenne!
¡Gloria radiante,
ciñale París!
Nuestro vítor solemne
llegue pujante
hasta su país.

HERM. Pues señor, bueno;
¿qué es lo que irán
a hacer de mí?

TODOS (Haciendo mutis por la izquierda, llevándole en volandas.)
¡Viva el general!
Etc., etc.

—

(Quedan solos en la escena RODRIGUEZ y dos CRIADOS.)

Hablado

ROD. A ver, listo, pronto; que vuelvan a iluminar estos jardines y dispongan esta plazoleta para la fiesta.
(Vase un Criado, y a poco se encienden las luces. Sale JACINTO por la derecha.)

JAC. Señor: tres caballeros, preguntan por usted.

ROD. ¿Han dado tarjeta? ¿Traen invitación?

JAC. Ni lo uno, ni lo otro. Dicen que son tres generales.

ROD. ¡Que pasen, animal! (Vase Jacinto.) ¡Oh, qué renombre van a adquirir mis fiestas en el París mundano.

JAC. (Vuelve a aparecer y anuncia.) Aquí vienen. (Se retira. Entran tres cabecillas del Gutubay, que vienen con el pelo de la dehesa, o de la Pampa. Se llaman ZANDUNGA, MANDANGA y ZANGUANGO. Hablan con deje americano.)

Música

ZAND. (Presentándose a Rodríguez.)
¡Er generá Zandunga!
MAND. (Idem.)
¡Er generá Mandanga!
ZANG (Idem.)
¡Er generá Zanguango!
LOS TRES Los tres de la Pampanga.

—

Recién llegados del Gutuvay,
caudillos de la revolución,
somos chacales, somos leones,
lo más bizarro de la nación.
Nuestros oídos han escuchao
la cariñosa salutación
con que los negros han celebrao
de los contrarios la destrucción.
Después del fuego de la batalla
y al hombro ya el fusil,
oiga usté el himno de la victoria
que me han cantao a mí.
Tu guara-rajao guajito
de la guacanaya.
Guacanajajito,
toma chiribé.
¡Ay, caratachè! ¡Duro con é!
¡Juye! ¡Ah! ¡Je! ¡Anda con é!

—

ZAND. A usté le dará lo mismo.
MAND. Usté quizá no lo entienda.
ZANG. Pero esto es patriotismo.

—

ZAND. A tó vengo decidío
y usté se tié que aguantá.
No venga usté con jonjana
y saque ar generá.
No hay más que hablá.
Soy Zandunga. Soy mu fiero.
Caballero.
No me mire usted así,
que no respondo de mí.
MAND. Usted ha hecho un desatino
trayendo aquí ar generá,
sabiendo que no es un bicho
de a diez centavos la entrá.
Soy Mandanga. Soy un sargo.

¿Digo argo?
O usté me da ar generá
o lo va a pasá muy mal.

ZANG. No se ponga usté terrible
que es una temeridá.
Háganos usté el orsequio
de que sarga er generá.
¡Pero que ya!

—

LOS TRES Recién llegados del Gutuvay,
caudillos de la revolución,
somos chacales, somos leones,
lo más bizarro de la nación.
En cuanto sarga nos lo llevamos,
que er Gutuvay lo espera ya,
y en cuanto ponga er pie en la playa
er himno heroico resonará.
Tu guara-rajao-guajito,
etc., etc.

Hablado

ROD. (Temeroso.) ¡Caballeros!... (Yo no le aviso; hablaré antes con los diplomáticos.) Serán ustedes servidos. (Entra en el pabellón izquierda.)

LOS TRES (Despidiéndole.) ¡Caballero!...

ZAND. Es que no pué sé.

ZANG. Hay que llevárselo.

MAND. Pero ahoritita.

ZAND. Er Presidente no puede divertirse, jorongo.

ZANG. Está mú delicao; es una caña cimbreante.

MAND. A lo mejó le dan vino y le güerven loco.

ZAND. Y menos ma que en la Legasión nos han dicho dónde estaba y a las tres horitas de llegá a París hemos dao con é. (Muy sentido.) ¡Pobre generá!

ZANG. (Idem.) ¡Pobresito generá!

MAND. (Idem.) ¡Ay, mi generá!

ZAND. Lo contento que se va a poné en cuanto sepa que ya está to preparao y que nos lo llevamos ar Gutuvay para dar el grito.

ZANG. (Muy alegre.) ¡Guapo generá!

ZAND. (Idem.) ¡Viva er generá!

MAND. ¡Ay, mi generá!

ZAND. Ya sale. (Se retiran respetuosos a la derecha y saludan militarmente.)

(Sale del pabellón izquierda HERMOSO, tropezando en

todas partes, medio dormido y sin ver a los guacamayos.)

HERM. ¡Que me rieguen con café, que me amodorro! ¡Socorro, que me duermo! ¡Auxilio, que no me dejan dormir. (Se sienta a la izquierda y se dispone a dormir.)

MAND. (Con muestras de gran desesperación y con muchísimo sentimiento, casi llorando.) ¡Ya ha bebío er Generá! ¡Ya ha bebío!

ZAND. ¡Compadre, y qué gordito se ha puesto!

ZANG. ¡Si no parese él!

MAND. Chitito y vamos a cantarle el hirno pa que se dé cuenta.

ZANG. Verá qué sarto pega.

ZAND. ¡A una! (Muy por lo «bajini» se acercan rodeando a Hermoso mientras cantan.)

Tu guara-rajao, rajito,
de la guacanaya.
Guacanajayito.
Toma chiribé.
¡Ay, caratachè!
¡Duro con é!
¡Juye!
¡Ah!
¡Jé!
¡Anda con é!

HERM. (Con los ojos cerrados.) ¡Bendito sea el poder divino! ¿Quiénes serán estos señores que me están cantando la nana?

ZAND. ¡Con dursura, Zanguango!

MAND. (Con mucho mimo.) Generá: ¿ha bebío?

HERM. Dejarme.

ZAND. (Idem.) ¿Ha hecho usté el burro?

HERM. (Suplicante.) ¡Una cabezada, por Dios!

MAND. Le traemos la gran notisia: la nasión está dispuesta a levantarse.

HERM. Que la acuesten.

MAND. La nasión está por usté que se pirra.

HERM. Pues si la nación se pirra, yo me aceporro, me alirono. ¡Soy una marmota! ¡Soy un lirón!

ZANG. (Con mimo.) ¿Qué ha hecho París con usté?

MAND. (Idem.) ¡Con usté, que nadie le ganaba a despabilao!

HERM. Pues esta noche nadie me gana a lirón.

ZAND. ¡Qué voz tan durse! ¡Parese que canta!

HERM. (Entre sueños.) ¡A lirón!... ¡A lirón!... (Zanguango

le da unos golpecitos en las piernas, Hermoso se despierta, y al soltar los otros una carcajada se levanta asustado y quiere huir.) ¡Ay! ¡Los carbonarios!

ZAND. (Con alegría.) ¡A nuestros brazos, Presidente! (Le abrazan y estrujan; Hermoso está sin habla.)

ZANG. Somos leales; acabamos de llegar del Gutuvay; venimos por vuecencia.

HERM. (Sin salirle la voz.) ¡Socorro!

ZAND. Ya está to listo allá; vamos ar tren.

HERM. (Sin salirle la voz.) ¡Socorro!

MAND. (Deteniendo a Hermoso que trata de huir.) Pero, ¿es que no quiere vuecencia dar el grito?

HERM. (Muerto de miedo y sin salirle la voz.) Sí; pero no puedo.

ZAND. ¡Y nos habían dicho que estaba usté en Suiza!

ZANG. ¡A ve si es argún enemigo que está suplantando su figura pa desprestigiarle!

HERM. (¡Estoy perdido!)

MAND. Gracias a que usté no se nos despinta. ¡Si tuviéramos al otro delante, le haciamos harina.

HERM. (En un grito.) ¡Salvado! ¡Salvado! (Dándose ya importancia, mucha importancia.) Ustedes son los que están tan desconocidos que yo no los reconozco.

ZAND. ¿Cómo que no? (Presentándose.) ¡Er generá Zandunga!

HERM. ¡Anda salero! ¡Espera, que me parece que tengo una idea!

MAND. (Presentándose.) ¡Mandanga!

HERM. La tengo, la tengo.

ZANG. (Presentandose.) ¡Zanguango!

HERM. ¡A mis brazos, bravos guerreros! (A Zandunga.) Tú fuiste el que... ¡Ah!... ¡Oh!... En medio del fuego te pusiste... ¡Ah!... ¡Huyeron!

ZAND. Yo fuí el que se apoderó de los planos comprometedores que se llevó la mona amaestrada de un espía.

HERM. Mira, de eso sí que no me acuerdo.

ZAND. Tuve que subir a arrancárselos a lo alto de una chimenea. Soy el cabecilla del Guaday.

HERM. ¡Ven a mi seno! No estaba enterado. ¡Hay que ver: coger una mona en lo alto de una chimenea! ¡Valiente cabecilla!

MAND. ¡Yo fuí er que luchó er verano pasao con dose pieles rojas!

HERM. También tú te mereces un abrazo. ¡Luchar con pieles y en verano! Te recompensaré.

ZAND. Pues estamos dispuestos a cometer otras tantas heroicidades, por llevarle a usté a la madre patria.

ZANG. Er viejo mundo, mi Generá, no le conviene. Le pervierte a usté, le desprestigia.

MAND. (Enérgico.) Hasta er Gutuvay ha llegado la noticia de su desenfreno y esto no se puede tolerá.

HERM. ¡Oh, mis desenfrenos! ¡Son bagatelerías!

ZAND. Nos tienen a todos por unos borrachines y la burla se extiende. Hace años, los dibujantes simbolizaban nuestro partido pintando cuatro espadas enlazadas, y ahora en vez de pintar espadas, pintan copas.

HERM. ¡Arrastra a esos sinvergüenzas!

MAND Dispóngase a partir, Generá; a la una sale er tren.

HERM. No; dejadme, dejadme en París llorando los remordimientos de mi conciencia.

ZANG. No, señó.

HERM. Oye, Zanguango; ¿aquí quién es el Presidente? Te digo que no voy y hemos terminado.

ZANG. Razones de Estado...

HERM. Yo soy el Estado.

ZANG. Razones de partido...

HERM. Es que el partido soy yo.

ZANG Si usté deserta de su debé, le formaremos juisio sumarísimo (Sacando un revólver.) y le mechamos.

HERM. Zanguango, guárdate ese mechero. Pero, ¿cómo os habéis podido figurar que yo no iba al Gutuvay? Ha sido una broma para probar el temple de mis Generales. ¡No tuviera más que ver! Me debo a la Nación.

MAND. ¡Qué alegría, General! Por fin daremos el grito. Usté es nuestra cabeza, y sin usté nada podíamos hacer.

HERM. Pues claro, Mandanga. ¿Cómo iban ustedes a dar el grito sin cabeza?

ZAND. Vámonos ahora mismo, Generá.

HERM. No; ahora mismo, no. (¡Yo me escapo!) Un cuarto de hora nada más; lo suficiente para que se cubra el empréstito que hacen los de la Legación a favor de la causa. Ya hay cincuenta mil francos para la guerra.

ZANG. ¡Generá, qué dicha!

HERM. Nada, nada; tendréis fusiles, tanques, ametralladoras...

MAND. ¡Brindaremos por la revolución!

HERM. Y tendréis aviones, submarinos...

ZAND. Brindaremos por la Patria.

HERM. Y tendréis bombas de mano.

ZANG. Hay que beber *champán.*

HERM. Y tendréis gases. ¡Viva el Gutuvay!

LOS TRES (Mientras Hermoso baila en el centro.)

Tu guara-rajao-guajito,
etc., etc.

(Salen del pabellón MARIANA, ACEITUNO, TITO, PONTE y TEJADA.)

MAR. Oye, Hermoso; que te están esperando.

ZANG. *Mirá* la Pancha, y le llama hermoso.

HERM. (Haciendo la presentación.) Señores diplomáticos... Señores Generales.. La diplomacia del Gutuvay... La milicia gutu vayera... (Forman grupo a la derecha, se saludan y fingen hablar.) ¡Ay, Aceituunito de mi corazón! ¡Ay, Mariana de mi alma, que me llevan al Gutuvay!

ACEIT. ¡Atiza!

HERM. Lo que oyes.

MAR. Pero, ¿qué vas a hacer allí?

HERM. Voy a dar un grito, que sabe Dios si será el último de mi vida.

TITO (En su grupo.) La diplomacia, de acuerdo con la milicia. Ustedes deben llevarse a ese hombre en seguida; nosotros remitiremos los fondos.

HERM. (¡Ay, qué tíos!)

(RODRÍGUEZ. que momentos antes ha salido del pabellón de la izquierda, se acerca a Hermoso.)

ROD. Presidente: en el salón reclaman su presencia. Antes del *champán* de honor, unas bailarinas rusas quieren ofrecerle un baile pantomímico: «Sonrisas y rosas.»

HERM. ¡A ver, a ver! (¡Yo me escapo!) ¿Ha dicho usted que *sonrisas* y *rosas* o que son *rusas* y *risas* o que son *rosas* y *rusas?*

ROD. «Sonrisas y rosas.»

HERM. Bueno; ¿pero son risas, son rosas o son rusas? Eso no está claro. (A los Generales.) Voy a enterarme; esperar aquí. (Vase corriendo.)

ZANG. De ninguna manera.

ZAND. ¡Duro con él

MAND. ¡Juye!

ZANG. ¡Ah! ¡Je!

ZAND. ¡Anda con él (Mutis todos corriendo tras Hermoso, por la puerta del pabellón izquierda.)

ACEIT. ¿Pero es verdad que se lo llevan al Gutuvay?

TITO Pues claro.

PONTE No hay más remedio.

TEJ. La diplomacia nada puede hacer.

MAR. Pero, señores; ¿están ustedes locos?

ROD. ¿Cómo que se lo llevan? ¿Y en plena fiesta? Ustedes lo impedirán. ¡Un contrato, es un contrato!

(Sale TOTÓ contentísima)

TOTÓ ¡Ay, tío! Se ha despedido de mí con lágrimas en los ojos y me ha dado su retrato.

ROD. ¡Su retrato! (Lo coge.) ¡Ahora sí que no se va de ninguna manera! (Mirando el retrato.) ¡Calla!... ¡Y te lo ha dedicado!

MAR. (Fijándose.) (¡Atiza!... ¡El retrato que Mínguez me dedicó en el Gutuvay! ¡María Santísima!)

ROD. (Leyendo.) «A mi Mariana Pérez, mi quinta pasión, para que rabien la Goya, la Lulú, la Tórtola y la Niña de los Peines.»

TOTÓ ¡Ay, tío de mi alma!

ROD. (A Tito.) ¡Caballero, esto es una burla! ¡Este hombre es un cómico!

ACEIT. (¡Ya lo han conocido!)

ROD. ¡Esto es tomarle el cabello a este ángel y exijo una explicación inmediata!

TOTÓ (Llorosa.) Otros corazones me han tomado la delantera.

TITO El General es dueño de sus preferencias.

ROD. (A Totó.) ¡Pero qué delantera (A Tito.), ni qué General, ni qué preferencia! (Hecho una furia.) ¡Ea, ya estoy harto de contratar caudillos que pasan aquí una noche salomónica y luego me dejan la sobrina neurasténica! Este me las paga por todos. (Van saliendo todos los personajes que toman parte en el cuadro.) ¡El escarmiento será público!

TEJ. Pero, ¿qué va usted a hacer?

ROD. Procuraré que me desafíe.

PONTE No va a querer.

ROD. ¿Cómo que no? Después de ofrecerle el champagne de honor le daré una bofetada, y a ver qué va a hacer.

TITO Va a hacer un guiño.

ROD. ¡Siga la fiesta!

ACEIT. ¡Qué salvaje!

(Sale del pabellón HERMOSO, seguido de los GENERA-

LES. Los invitados han tomado asiento al lado de unas mesitas que rápidamente ponen los Criados. Rodríguez, con un gesto de vinagre, se sienta en primer término, a la derecha, con su sobrina. Detrás, de pie, se colocan ZANDUNGA, MANDANGA y ZANGUANGO. En primer término izquierda, HERMOSO, con ACEITUNO, MARIANA, el DOCTOR JABATO y su colega LOPEZ. TITO, PONTE y TEJADA, detrás y en pie.)

ACEIT. (A Hermoso, en cuanto sale.) Chico, te la has buscao.

HERM. ¿Por dónde me iría yo?

MAR. De aquí no sales.

HERM. ¡Mariana!

ACEIT. Rodríguez quiere batirse contigo; prepárate porque cuando te ofrezca el champagne te vo a pegar una bofetada que te va a romper las muelas. Tú verás cómo te las compones.

HERM. Eso no tiene compostura... ¿De manera que primero un bofetón y después al Gutuvay? Antes me hago berebere. ¡Ah! Ya encontré la salida. ¿No dicen que una gota de alcohol puede producirle al General Mínguez la locura? Pues ya está: en cuanto me den una copa de champagne, me suelto el pelo, me hago el loco, grito: «¡Ah!... ¡Sí!... ¡La estepa!... ¡A ellos!... ¡Venga estopa!...» Y a la calle.

MAR. Calla, que nos están mirando.

ROD. (A Mariana.) Señorita, tendríamos mucho gusto en oirle a usted una canción americana, puesto que se trata de un homenaje al Presidente del Gutuvay.

MAR. Tiene razón. Yo sé una que allá se canta y se baila en la buena sociedad. Se llama «El jarabe Tapatío». Si alguno de ustedes quiere acompañarme...

DR. LÓP. ¿No la sabe el Presidente?

HERM. (Muy decidido.) Ya lo creo que la sé.

ZAND. No baile el Generá.

MAND. No cante que puede perdé su vo presiosa.

HERM. Vamos, quita; no seas pelmazo. Daré el grito por señas. Venga de ahí, Mariana.

Música

MAR. El jarabe Tapatío es un danzón.

HERM. Que se baila bajo el sol de mi nación.

NINÓN. Y a la sombra del bohío
el calor prende un deseo.

HERM. Y me pide el amor mío
el jarabe Tapatío.

ZAND.
MAND. } (Gritando.) ¡Juy! ¡Mi niña!
ZANG.

¡Tapatío! ¡Guarajao!
¡¡Ay!!
(Baile.)

—

MAR. Esta danza, además, tiene coplas,
HERM. Que en las fiestas entonan los negros.
MAR. Y en las coplas los muy sinvergüenzas,
HERM. Pues le toman el pelo al gobierno.
MAR. Unas veces se arrancan cantando
HERM. Cuatro frescas contra el ministerio.
MAR. Y después de cantarles las frescas.
HERM. Pues se quedan los negros tan frescos.
LOS DOS Ven a mí,
chiriguachipachí,
mueve ya el guanají,
ven a mí,
chiriguachipachao,
mueve ya el guarajao.
No me des pulke curao
porque estoy emborrachao.

—

MAR. A la sombra de un plátano verde,
HERM. A un neguito una nega quería.
MAR. Con dulzuras, y mimos y fiestas,
HERM. Ay, Domingo, Domingo, decía.
MAR. Aparece el esposo y exclama:
HERM. «Esas fiestas a él, ¡retepingo!»
MAR. Y ella así le repuso: «Ya sabes.»
HERM. «Que las fiestas son para el domingo.»
(Bailan.)
LOS DOS Ven aquí,
etc., etc.
(Durante este número los Criados han descorchado el champagne y lo sirven.)

Hablado

HERM. (Cogiendo una copa de champagne.) Venga mi copa.
DR. JAB. ¿Vuecencia olvida que no puede beber alcoholes? Tome vuecencia: zarzaparrilla. (Le da una copa.)

ZANG. A ver, a ver. (Prueba el líquido.) Sí, zarzaparrilla.

DR. JAB. Prever es curar.

HERM. ¡Pues me has matao!

ROD. (Avanzando con una copa en la mano. Todos rodean el grupo.) Señor Presidente.

HERM. (¡Ya está aquí el bofetón!)

ROD. (En tono oratorio.) Señores: alzo mi copa y voy a atizar...

HERM. (¡Mi madre!)

ROD. ... el fuego de nuestro entusiasmo. Y delante de todos voy a dar al Presidente Mínguez...

HERM. (Poniéndole la copa de zarzaparrilla en la mano libre, de modo que Rodríguez se encuentre con las dos manos en alto y en cada una de ellas una copa.) ¡Vamos, hombre! ¿Usted qué me va a dar a mí? ¡De dónde! Yo soy el que le va a dar a usted todo lo que se merece, en nombre de mi nación agradecida. (Se descuelga todas sus condecoraciones.) Ahí va. La medalla del Horizonte Abierto, la cruz de Puerta Cerrada, la cruz Blanca, la Cruz Roja, la Cruz Verde, la Cruz del Campo y la Banda Municipal. (Se las pone.)

ROD. (¡Me ha desarmado!)

HERM. La sota de copas. (En orador.) Y ahora, señores, el último adiós. Permitidme que antes de marchar pronuncie unas frases, como pueda, porque las lágrimas velan mis ojos, porque la angustia traba mi lengua y... (En «latiguillo» y en «camelo».) la congoja oprime mi corazón como el mar la espléndida playa del bote náufrago sube y baja, gime y cruje y velato la varenta sin gorondo ni patinda de una aurora boreal!!

DR. JAB. ¡Bravo! (Aplausos.)

(Sale JACINTO trayendo una tarjeta en una bandeja.)

JAC. (A Hermoso.) Señor, un caballero... (Le entrega la tarjeta.)

HERM. (Leyendo.) ¡¡Colofón!! (Leyendo a Aceituno.) «Soy el auténtico Presidente Mínguez. He llegado a París. Saludo a mi menguado suplantador y le espero en el vestíbulo. Sal, villano, sal.» (Deja de leer.) ¡Azúcar!

DR. JAB. Venga el discurso; siga vuecencia.

ZANG. Generá, nos joroban las ceremonias. En el vestíbulo esperamos.

HERM. No, en el vestíbulo, no.

ZANG. Sí, Generá; vamos andando.

DR. JAB. Por aquí.

(Vanse por la derecha Zandunga, Zanguango, Mandanga y el Doctor Jabato.)

HERM. Reza por mí, Mariana.

ACEIT. No te achiques.

HERM. ¿Quién? ¿Yo? «Señores: Agradecido al homenaje, yo os digo que he echado raíces aquí; yo os digo que no quisiera marcharme. ¡Qué digo no quisiera! Lo que os digo muy seriamente es que no puedo marcharme porque a la misma puerta me van a soltar... (Aceituno le llama la atención y rectifica.) a asaltar, tenaces, salvajes remordimientos, lucha cruenta del ímpetu de la tranca ecuánime, sin catite, respetampo del firmamento.»

ACEIT. (¿Qué has dicho?)

HERM. (Yo qué se. Dame una copa que me voy a volver loco.)

ACEIT. (Duro con ellos que son tuyos.)

HERM. «¡Ah, señores! Soy todo vuestro. No sabéis qué tiro más grande me hacéis. No sabéis qué tiro, qué tiro...» (Suena dentro un disparo.) ¡Pardiez, qué tiro!

DR. JAB. (Saliendo precipitadamente.) No es nada. Los bravos generales se han encontrado en el vestíbulo con un sujeto recién llegado de Suiza que quería hacerse pasar por vuecencia. No le han dado.

HERM. Bendito sea Dios. No le han dado.

DR. JAB. No le han dado, pero van corriendo tras él.

HERM. ¿Hacia dónde?

DR. JAB. Boulevard arriba.

HERM. ¡Paso!

ROD. (Enérgico.) ¡Paso al general! ¡Va a cumplir con un deber! ¡Paso! (Le abren ancha calle. Cuadro.)

HERM. Sí: ¡paso franco! Voy a volar en auxilio de mis bravos generales.

DR. JAB. (En héroe.) ¡¡Boulevard arriba, general!!

HERM. (A Aceituno.) Boulevard abajo, Aceitunito.

ACEIT. Eres grande.

HERM. ¡¡Soy torreiffelesco!!

ROD. Volved en seguida,

HERM. ¡Sí; en seguida vuelvo! (A todos.) Señoras, caballeros: bésoos los piés, bésoos las manos, bésoos a los niños...

ACEIT. No te entretengas.

HERM. Espera, que voy a dejar sentado un axioma como un edificio.

(Al público.)

No hay vida cual la vida
del que gozando «el mundanal ruïdo»
prosigue la florida
«senda por donde han ido»
los muchos frescos «que en el mundo han
[sido».

IN DE LA ASTRAKANADA

Obras de Pedro Pérez Fernández

Al balcón, juguete cómico.
Lola, diálogo.
Tal para cual, juguete cómico.
La primera lección, monólogo.
Las Marimoñas, sainete en dos cuadros, con música de los maestros Fuentes y Foglietti.
Los Florete, juguete cómico.
El sino perro, entremés.
El D. Cecilio de hoy, revista sevillana.
Boceto al óleo, juguete cómico.
Flores cordiales, inocentada con música de los maestros López del Toro y Fuentes.
La victoria del cake, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
La penetración pacífica, humorada satírica con música de López del Toro y Fuentes.
A la lunita clara, entremés.
A la vera der queré, sainete en dos cuadros, con música del maestro Alvarez del Castillo.
El gordo en Sevilla, sainete.
Para pescar un novio... paso de comedia.
El alma del querer, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Vives y Barrera.
La fuerza de un querer, comedia en un acto.
¡Por peteneras!, sainete en un solo cuadro, con música del maestro Calleja.
La casta Susana, opereta en tres actos, adaptación y refundición española.
La canción húngara, opereta en un acto. Música del maestro Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto.
Me dijiste que era fea... comedia-sainete en tres actos (uno, prólogo.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Las pavas, apropósito cómico-lírico, música del maestro Foglietti.

El señor Pandolfo, farsa lírica en tres actos, música de Amadeo Vives.

Las mujeres mandan o *Contra pereza diligencia,* sainete en dos actos, divididos en seis cuadros.

Los últimos frescos, sainete en dos actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El presidente Mínguez, astrakanada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Luna.

Del alma de Sevilla. (Primera colección de novelas cortas y cuentos andaluces.) Prólogo de Rodríguez Marín, de la Real Academia. Epílogo de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.—(Edición Garnier, hermanos, París; un tomo 8.º rústica, 3 ptas.)

Precio: UNA peseta